

en cuya cumbre se alzaban los fortines y se destacaban las banderas negras, sobre el horizonte enrojecido por el sol Poniente, Morelos se detuvo, dirigió una última mirada de profundo cariño á aquel campo de sus primeras glorias, y dijo, dirigiéndose á Don Julián de Avila:

—Hasta aquí, Coronel, vuélvase usted; nos veremos pronto. Ya sabe usted que dejándolo en el "Paso á la Eternidad," hago de cuenta que me quedo yo mismo."

—Señor, respondió Avila, descubriéndose y pudiendo apenas dominar su emoción; si por desgracia llegare á usted la noticia de que el "Veladero" ha caído en poder de los españoles, puede usted rezar por mi alma, pues es seguro que yo habré "pasado á la eternidad."

Y aquellos dos guerreros se abrazaron, callados y conmovidos. Morelos ocultó bajo sus cejas espesas y altivas, aquellos ojos de águila que se nublaban pocas veces!

IGNACIO M. ALTAMIRANO.



MORELOS EN TIXTLA

I.

Tixtla, hoy ciudad Guerrero, que fué desde la erección del Estado de este nombre en 1850, hasta 1870, capital del mismo, y que sigue siendo una de las poblaciones más considerables del Sur de México, era en 1811 solamente un pueblo de cuatro mil habitantes, escasos, consagrados en su mayor parte á la agricultura y á la arriería, de que sacaban gran provecho, conduciendo los cargamentos de la nao de China desde Acapulco hasta México, en competencia con los arrieros de Chilpancingo y de Chilapa.

Situada esta población en un valle ameno, rodeada de montañas por todas partes, regada por varios arroyos, disfrutando de un clima templado y benigno, se había hecho desde siglos anteriores uno de los centros más populosos y productivos del Sur de la Independencia de México.

En lo religioso, su Parroquia pertenecía á la Diócesis de Puebla, y en lo político, el Subdelegado dependía directamente del Virrey.

Este Subdelegado era de gran importancia, porque asumía en su persona no sólo la autoridad civil y política de toda aquella comarca, sino también la militar, y estaban por eso sujetos á él todos los Cuerpos de milicias provinciales que se habían levantado allí en años anteriores y que guarnecían aquellas plazas.

En 1811 era el Subdelegado y Comandante militar Don Joaquín de Guevara, rico hacendado de aquel rumbo, vecindado primero en Chilpancingo y dueño de las haciendas de caña de azúcar de Tepechicotlan, Acahuitzotla y San Miguel, situadas á poca distancia de Tixtla unas, y la última en el camino de Acapulco y al pie de la hermosa cordillera de los Cajones. Don Joaquín de Guevara, por sus opiniones realistas, por su caudal y por su influencia poderosa, venía á ser en aquellos rumbos lo mismo que era en la Cañada de Cuernavaca el célebre realista español Don Gabriel de Yermo, es decir, el señor feudal y la fuerte columna del Gobierno español en aquella extensa zona, limitada al Sur por un ramal de la Sierra Madre, y al Norte por el río de Mescala.

Desde que Morelos apareció en la costa á fines de 1810, y se acercó á Acapulco, Guevara, siguiendo las órdenes del Virrey, se mantuvo á la expectativa, creyendo siempre que las intenciones de los insurgentes acabarían por fracasar allí mismo, y aunque los últimos triunfos obtenidos por aquel caudillo le habían dado en qué pensar, no juzgó sino remoto el caso de ver invadida la fuerte y populosa comarca encomendada á su cuidado.

Sin embargo, procuró desde aquellos meses y más todavía en los primeros del 11, poner en buen pie de fuerza los Regimientos de milicias, encargando su mando y disciplina á entendidos jefes españoles, fortificó la plaza de Tixtla, reunió considerable número de municiones de guerra, hizo traer ocho piezas de artillería que colocó en un fortín en una eminencia del lado occidental de Tixtla, á la izquierda de otra conocida con el nombre del Calvario y dividida de ella por una calle profunda y por un acueducto, y en otros puntos de la población, en que levantó fuertes parapetos, y una vez así, se dedicó á vigilar el camino real de Acapulco y á preparar de mil modos á los pueblos para la resistencia.

En semejante empeño le ayudaba oficiosamente y con el entusiasmo de un antiguo predicador de las cruzadas, el Cura de Tix-

tla, Don Manuel Mayol, clérigo poblano, furibundo realista y que ejercía un dominio absoluto en la conciencia de sus feligreses.

Este Cura predicaba cada cuatro días en el púlpito contra la Independencia y sus caudillos, á quienes presentaba con odiosos colores. Pero con particularidad hablaba de Morelos, el atrabiliario clérigo llegaba hasta el frenesí. Al principio lo presentó solamente como un rebelde insignificante, que en breve iba á ser colgado en una almena del Castillo de Acapulco; pero á medida que Morelos fué creciendo en importancia militar, á causa de sus victorias, el furor del Cura no conoció límites, y llegó en sus diatribas hasta lo absurdo y lo grosero. De este modo, el Cura Mayol logró exaltar el ánimo de la gente supersticiosa é ignorante de su feligresía, haciéndole entender que la guerra de los insurgentes era una guerra contra Dios y la religión, y que combatir contra ellos era combatir contra los poderes infernales. Así es que en el pueblo de Tixtla había una especie de furor febril contra Morelos, furor que se había apoderado hasta de las mujeres y los niños, de la gente española y mestiza, y hasta de los numerosos habitantes indígenas, que profesaban la religión católica como verdaderos idólatras.

De modo que cuando el Comandante Guevara determinó levantar fortificaciones en la plaza, la población entera se apresuró á ayudarle. Aun las mujeres y los niños cargaban piedras y arena, presididos por el Cura y sus Vicarios, que llevando un Crucifijo, los estimulaba á la tarea, mientras que las campanas de la Parroquia tocaban rogativa.

En semejante disposición de ánimo, Guevara esperó confiadamente. Si los insurgentes se atreviesen á invadir su zona militar, él contaba con buenas tropas, con una plaza bien fortificada y con la adhesión de las poblaciones.

Una sola sombra vino á turbar su ánimo sereno. Habiendo invitado á los Bravos, hacendados de Chilpancingo, para que levantasen tropas también, y se mantuvieran dis-

puestos á la defensa, esos sujetos, los primeros de aquella población por su importancia social y su riqueza, pues eran dueños de la gran hacienda de Chichihualco y de otras fincas, se habían negado con frívolos pretextos, pero en realidad porque les era simpática la causa de la Independencia proclamada en Dolores y sostenida por Morelos.

Desde el día en que tuve conocimiento de la repulsa de los Bravos, el Comandante Guevara no cesó de vigilarlos, y á pesar de que estaba emparentado con ellos, pues su hija Doña Antonia de Guevara acababa de casarse con el joven Don Nicolás, hijo de Don Leonardo Bravo, los persiguió tenazmente, obligándolos á ocultarse ó á andar furtivos en aquellas comarcas.

Pero con esta sola excepción, todos los pueblos de la Subdelegación de Tixtla, se manifestaban decididos sostenedores del Gobierno español. Así es que Guevara, á quien sólo inquietaban, de cuando en cuando, las excursiones nocturnas de los Bravos á Chilpancingo, que por otra parte no tenían consecuencias serias, nada temía respecto de la adhesión popular.

A mediados del mes de Mayo, el Coronel realista Don Nicolás Cosío, antiguo Sargento Mayor de Dragones de España, y que había sido nombrado Comandante general de la División del Sur, hasta principios de ese mismo mes en que de orden del Virrey fué substituido en ese cargo por el Coronel español Fuentes, fué enviado por éste último violentamente á la plaza de Tixtla, para tomar el mando de las tropas y ayudar á Guevara en la defensa de la plaza, pues Fuentes previó, con razón, que habiendo salido Morelos del Veladero el día 3 por el camino de la sierra, no tardaría en aparecer en la Zona militar encomendada á Guevara.

Así, pues, al llegar á unirse á ella, sabiendo que los Bravos reunían gente en Amojileca, Zitizacapan y otros lugares cercanos á Chilpancingo, que elaboraban parque en la gruta de Michapan, en que habían estado ocultos, y que se mostraban ya más á la luz tanto Don Leonardo como Don Mi-

guel y Don Víctor Bravo, determinó, de acuerdo con Guevara, acabar de una vez con aquellos temibles conspiradores. Al efecto, organizó una división compuesta de un piquete del Regimiento "Fijo de México," de algunas Compañías de milicianos llamados patriotas de Chilapa, Tixtla, Zumpango y Tlapa, y del Fijo y Lanceros de Veracruz, todo en número de seiscientos hombres, y poniéndola bajo el mando del Comandante español Don Lorenzo Garrote, uno de los jefes veteranos que habían venido últimamente de la Península, dió á éste orden de que pasase á Chichihualco y de que se apoderase de los tres hermanos Bravos, vivos ó muertos.

Garrote se puso en marcha con la reserva y rapidez que el caso exigía, y mientras que llega á Chichihualco diremos lo que había pasado allí.

Morelos se dirigió, después de salir del Veladero, á la pequeña hacienda de La Brea, que está situada ya en las primeras cumbres de la Sierra Madre, y allí se detuvo, tanto para apoyar á su retaguardia, que fué atacada por el jefe español Fuentes, quien logró apoderarse de un cañón casi abandonado á causa de las asperezas del camino, como para dar tiempo á los Bravos para que se adelantasen y preparasen en Chichihualco á sus tropas.

Adelantáronse, pues, Don Leonardo, Don Miguel y Don Nicolás, y con luego como llegaron á su hacienda, se pusieron de acuerdo con Don Víctor, y reunieron á todos sus parciales y amigos, á quienes armaron con las armas que pudieron, organizando también una excelente caballería, compuesta de los mejores jinetes de aquellos lugares. De modo que cuando Don Hermenegildo Galeana llegó con su Regimiento de Guadalupe, se encontró ya con la gente de los Bravos dispuesta.

Mientras que venía Morelos, que se había quedado atrás dos jornadas, Galeana, obedeciendo las órdenes recibidas, determinó dar descanso á su tropa, en tanto que los Bravos disponían mejor la suya y se procuraban víveres para alimentar á las dos. A esta sazón, el Comandante Garrote, que

nada sabía, llegó á Chichihualco á las doce del día 21 de Mayo, y encontrando algunos pelotones de gente armada, los atacó, logrando arrollarlos, merced á la sorpresa que recibieron. Pero avisados los Bravos y Galeana, que se hallaban en la casa de su hacienda, corrieron á ponerse al frente de sus Compañías organizadas. Galeana se dirigió al río, en el que sus costeños se bañaban y lavaban su ropa, y haciéndolos tomar sus machetes, así desnudos como estaban, los condujo frente á los realistas, lanzando su terrible grito de guerra: "¡Galeana! ¡Galeana!" que debía ser por mucho tiempo el terror de sus enemigos.

Los realistas, sorprendidos á su vez, aterrados ante el aspecto de aquellos intrépidos combatientes negros, que acometían como fieras, y flanqueados además por la caballería de los Bravos, echaron á correr despavoridos, dejando en poder de los insurgentes, armamento, parque, dinero y cuantas cargas llevaban. El tremendo Comandante Garrote llegó el primero á Chilpancingo á contar el caso, y sin detenerse allí más que el tiempo necesario para beber agua, se dirigió á Tixtla, en donde entró á la madrugada del día 22 á despertar á Cosío y á Guevara con la noticia de semejante desastre.

El pánico y la consternación que ella produjo, no pueden describirse. Era, pues, cierto: los Bravos se habían alzado por fin, y habían llamado en su auxilio al poder infernal de Morelos. Los demonios pintados por el Cura Mayol habían aparecido por fin en la zona militar del Comandante Guevara, hoy defendida, sin embargo, por un militar experto como Cosío. Estos jefes llamaron al Cura Mayol y le comunicaron la fatal nueva. El Cura, después de conferenciar con aquellos jefes, se dirigió á la iglesia y mandó llamar á misa. La dijo temblando, y después subió al púlpito y excitó de nuevo á sus feligreses á defender al Rey y á la religión. Sólo que la muchedumbre observó que en vez del furor de antes, el terrible Cura no tenía ahora más que lágrimas y sollozos, lo que no dejó de ser comentado desfavorablemente.

Después de la misa, Cosío mandó tocar generala, y el Cura echó á volar las campanas, tocando á rebato, toque que duró todo el día y difundió la alarma hasta en los campos y cuadrillas más lejanas del pueblo.

II.

En semejante estado de alarma pasáronse los días 23 y 24 de Mayo de 1811. Cosío y Guevara reunieron todas las tropas de que pudieron disponer: el Regimiento llamado "Fijo de México," cuyos soldados eran conocidos popularmente con el nombre de "Los Colorados," á causa de un brillante uniforme de paño de grana, el Regimiento "Lanceros de Veracruz," las Compañías de milicianos de Tixtla, Chilapa, Zumpango y Tlapa, que no habían ido á Chichihualco, y los dispersos de esta acción que fué posible reunir. Además, dieron armas á todos los hombres aptos para combatir en Tixtla, entre los que se hallaban como 400 indígenas, á quienes en razón de manifestarse decididos en favor del Gobierno, se admitió en las milicias, confiándoles la defensa de algunos puntos importantes, siempre bajo el mando de jefes españoles.

De modo que todas estas fuerzas formaban un conjunto respetable de cosa de mil quinientos hombres, teniendo, además, la ventaja de contar con una plaza de guerra con buenas fortificaciones, con ocho piezas de artillería; bien municionada y provista, y con la adhesión del vecindario.

Así las cosas, se supo que Morelos, sin perder tiempo, había llegado á Chilpancingo al anochecer del día 24, al frente de seiscientos hombres. Cosío y Guevara pasaron, pues, el 25, preparándose á la defensa, pues no dudaron que Morelos atacaría la plaza en los días próximamente inmediatos, tan pronto como contara con mayores fuerzas, supuesto que sería absurdo tal intento con las que tenía.

A fin de recibir noticias oportunas, habían enviado numerosos emisarios á Chilpancingo, que evitando las avanzadas insurgentes, situadas en el camino, habían

estado viniendo cada dos horas á dar parte, pues Chilpancingo no dista de Tixtla más que tres leguas escasas.

Hasta las cinco de la tarde del día 25, nada se había sabido de particular. Las tropas de Morelos descansaban. El caudillo, alojado en casa de los Bravos, era festejado con un banquete, al que asistían los jefes y oficiales insurgentes. Los soldados fraternizaban con los vecinos, y las hermosas chilpancingueñas, afamadas por su belleza y su gracia, lejos de espantarse ante la aparición de los "demonios de Morelos," habían despojado sus lindos huertos moriscos, pomposos y ricos en aquella estación, á fin de que la casa del General insurgente apareciera al amanecer del día 25 como apareció, adornada con flores, cortinas y alfombras de bellísimas flores, las incomparables flores de la zona templada del Sur.

Semejantes noticias hacían bailar de cólera al Cura Mayol, quien las repetía y exageraba adrede á Cosío y á Guevara, para exasperarlos, lanzando al mismo tiempo los más terribles anatemas contra los chilpancingueños y amenazándolos con que no quedaría dentro de poco piedra sobre piedra en su pueblo, nido infame de herejes y de rebeldes.

Cosío y Guevara, por su parte, se explicaban aquella conducta del vecindario de Chilpancingo, considerando: que los Bravos estaban emparentados con todas las familias de allí, lo mismo que sucedía con sus adictos de Chichihualco, pues esta hacienda y Chilpancingo formaban una misma población. Pero aquel recibimiento hecho á Morelos, indicaba, de todos modos, que el pueblo de Chilpancingo iba á convertirse desde entonces en enemigo del Gobierno español.

La tarde toda del expresado día 25 se pasó sin novedad. A las seis y media, las tropas acuarteladas en la casa de Comunidad, ó que vivaqueaban en el cementerio de la Parroquia, convertido en fuerte, salieron á formarse para pasar lista, en la plaza bastante amplia y que entonces no tenía los árboles coposos que hoy la adornan.

La plaza se llenó de soldados y de ofi-

ciales, pues con excepción de las fuerzas que guarnecían el fortín del Calvario y los parapetos levantados en lo que se llamaba entonces "Barrio Alto," el costado oriental de la población, es decir, del lado de Chilpancingo, todas estaban allí.

Cosío y Guevara les pasaron revista, después de lo cual y según la costumbre militar de aquel tiempo, los tambores y pífanos tocaron la oración, que escucharon los soldados con las armas al hombro y los oficiales descubierta la cabeza. Luego y al concluir la diana que seguía al toque de oración, Cosío gritó con voz fuerte por tres veces: ¡Viva el Rey!, grito que repitió la tropa y ésta se entró en sus cuarteles al toque de fagina.

La plaza quedó todavía ocupada por los curiosos que habían acudido á ver la formación; pero como comenzaba á oscurecer, y las patrullas de caballería y de infantería circulaban despejando las calles, momentos después, aquel lugar estaba solo y la población entera pareció quedar desierta.

Sólo en la gran casa del Subdelegado, recién construida y situada en el lado meridional de la plaza, junto á la Parroquia, parecía reinar alguna animación, y entraban y salían á cada instante por el enorme zaguán que servía de entrada principal de ella, caballos, mulas, jinetes y soldados de á pie. Además, las ventanas del salón principal que daban á la calle, estaban alumbradas. La casa era baja, pero de aspecto señorial. El único piso se elevaba del suelo como dos metros, resguardado por un fuerte antepecho rematado con una magnífica balaustrada de piedra. Esta balaustrada estaba también convertida en parapeto, y entre ella y el muro de la casa se paseaban varios centinelas guardando el salón y las piezas todas, que daban por un lado á la plaza, y por el otro á la calle Real.

En el salón, bastante lujoso para aquellos tiempos y aquellos rumbos, y cuyo techo de magnífico cedro artesonado era digno de una mansión regia, y cuya alfombra y canapés de damasco y candiles de cristal revelaban desde luego la riqueza de su dueño,

se hallaban en animada conversación cuatro personajes, de los cuales tres estaban sentados junto á una mesa cubierta con un tapete de damasco rojo y en la que se veían en revuelta confusión, un gran tintero, salvadera y braserillo de plata, con su pirámide de ceniza, candelabro del mismo metal, en el que ardían cinco velas de esperma, muchos papeles, pistolas, sables, y, por último, un frasco de aguardiente de España, con cuatro copas y vasos de agua puestos en una bandeja también de plata. Uno de estos personajes, vestido con el uniforme de Coronel de aragones, huácaro azul con solapas blancas y botones de oro, pantalón blanco y botas fuertes, era un hombre al parecer alto, como de cuarenta años, buen mozo y densamente pálido, casi amarillo; se conocía luego que padecía de calenturas de la costa y que en esos momentos sufría un acceso que en vano procuraba dominar, y que se revelaba en su inquietud, en su humor irascible, en el brillo intenso de sus grandes ojos negros y en el temblor de sus mandíbulas, que parecía sacudir sus pobladas patillas negras. Llevaba el cabello según la moda introducida por el Virrey Venegas, es decir, corto y con espesa furia, sobre la frente.

Era el Mayor Cosío, el pobre Cosío, que destituido del mando de la división realista del Sur por Venegas, á causa del mal éxito de sus operaciones contra Morelos, y á causa tal vez de ser mexicano de origen, se veía ahora subalternado al Coronel español Fuentes quien lo había enviado quizás con toda malicia á unirse á Guevara para que asumiera la responsabilidad de un nuevo desastre.

Sin embargo, Cosío era como todos esos mexicanos que habían abrazado la causa de España contra la insurrección, como Elorza, como Iturbide, como Armijo, realista fiel, exaltado, sumiso hasta el servilismo, y aunque lastimado en su dignidad por aquella destitución, lejos de manifestar resentimiento, procuraba exagerar su adhesión al Gobierno, y se alegraba interiormente de hallarse en aptitud, defendiendo la plaza de Tixtla, de recobrar su perdido crédito. Así

es que hacía todos los esfuerzos posibles por asegurar la victoria.

Guevara, que tenía conocimiento ya de que Cosío había caído de la gracia del Virrey, no se conformaba con sus disposiciones, sino á regañadientes, viéndose forzado á dividir con él los laureles del triunfo, aunque cedía en consideración al carácter y experiencia de un jefe como Cosío, educado en el servicio militar y que disfrutaba de prestigio entre la tropa por su categoría y por su instrucción.

Guevara era el segundo personaje del grupo. Corpulento, grueso, como de cincuenta años, de arrogante presencia, el Subdelegado de Tixtla mostraba el tipo del español acaudalado, aunque era también mexicano de origen. En su semblante fresco y rubicundo, rebosando salud, se veía marcado el orgullo del rico, acentuado todavía por una gran nariz aguileña, y que apenas atenuaba la sonrisa de unos labios gruesos y desdeñosos. Se había puesto también el uniforme de Coronel de milicianos provinciales, uniforme lujoso y flamante que apenas había usado dos ó tres veces en los grandes días de parada. Pero él, conservando los usos añejos de un ricacho del año 9, llevaba todavía el peinado de coleta, cuidadosamente rizado y empolvado, la barba afeitada, los puños y la pechera con encajes, y no pudiendo soportar las botas fuertes, traía calzón corto, ricas medias de seda y chinelas con hebillas de oro. Todo él, en fin, respiraba riqueza, una cierta ostentación un poco rústica y de mal tono.

El tercer personaje era el Comandante Garrote, el derrotado de Chichihualco, cuyo aspecto estaba en conformidad con su extraño nombre. En efecto, era un sujeto de color cetrino, de ojos pequeños, barba espesa é inculta, también con el pelo corto, frente estrecha, alto, seco, membrudo y de fisonomía dura y feroz. Desde su reciente derrota parecía desconcertado y abochornado, pero al través de esta aparente humillación se descubría en él una desmedida soberbia, irritada ahora por el despecho.

Por último, el cuarto personaje que se paseaba con agitación por la sala, detenién-

dose de cuando en cuando para contemplar distraidamente los espejos venecianos que decoraban las paredes, ó los santos guatemaltecos que en sus nichos de cristal adornaban las rinconeras, era el famoso Cura Don Manuel Mayol. La figura de este clérigo era singular: flaco, largo, rojo como un pavo de Indias, pelón, con el cuello enorme, embellecido por una nuez pronunciada, con los ojos saltones é injectados y la boca grande y provista de largos dientes negros.

Vestido con su sotana y manteo, cuyo extremo recogía en un brazo, el irascible Cura parecía presa de una extraordinaria excitación y hablaba en voz muy alta.

Ya sabemos que este Cura era enemigo frenético de la Independencia: sólo agregaremos que sus opiniones exaltadas no le impidieron después de 1821, pavonearse con su cruz de Guadalupe, y añadir á su nombre en todos los documentos que escribía de su puño, el título de "Capellán mayor del Ejército independiente del Sur," título que mendigó del General Guerrero.

Pero en la noche del 25 de Mayo de 1811, todavía este prócer ilustre era Capitán insurgente. Así es que el Cura Mayol trinaba contra él.

—Dicen, exclamó, encarándose á Guevara, que Vicente Guerrero viene ahí de oficial. ¡Semejante pícaro! ¡El que no sabía más que jugar gallos y armar pendencias! Siempre dije yo que ese tunante pararía en ladrón.

—Pero, ¿lo han visto? preguntó Guevara.

—Sí lo han visto, respondió el Cura.

—Yo lo he visto, agregó el Comandante Garrote. Viene con los negros guadalupes de Galeana.

—Lo que no me explico, dijo el Subdelegado, es el cómo ha podido este maldito Cura atraerse á Don Hermenegildo, que parecía buen realista y que se prestó tan de buena voluntad á pelear contra los insurgentes cuando lo de Tepango.

—Y cate usted, que esa ha sido una buena adquisición, observó Cosío, con voz temblorosa. Es lo mejor que tiene Morelos.

—¿Y sus hermanos vendrán también? preguntó Guevara.

—Según me escriben de Acapulco, vienen todos, Don José Antonio, Don Juan José y el muchacho Don Pablo.

—Yo los ví en Chichihualco, añadió otra vez Garrote.

—Según eso, replicó con acento burlón el Cura, usted vió mucho, señor Comandante. Pero hace cuatro días nos dijo usted que no había visto más que negros... con machetes. Todos eran negros y los Galeanas son blancos.

Cosío fruncio las cejas, Guevara sonrió, Garrote se levantó indignado.

—Señor Cura, respondió con acento colérico, si el carácter sagrado de usted no me pusiera un sello en los labios, yo le respondería como merece. Yo he visto negros, y en efecto, así es; pero usted parece indicar que el susto me hizo ver negros á todos; ¿esto es decir que yo tengo miedo!

—Yo no digo que haya usted tenido miedo, señor Comandante Garrote, repuso el Cura con insolente ironía; yo hago solamente una observación. Por lo demás, la acción tuvo mal éxito para nosotros.... Usted perdió allí los cañones, el parque, los soldados....

—Señor Cura.... dijo Garrote, gangoso de cólera, esos son azares de la guerra. Usted no entiende de milicia.

—Sí, sí, entiendo algo.... ¡los azares de la guerra y luego los demonios negros y encuerados.... Pero, ¿en qué consistirá que los negros guadalupes combaten encuerados?... ¿ese será su uniforme? añadió el Cura, con una risa silbante y sarcástica.

—¡Basta! exclamó con tono de mando Cosío.

Las groseras burlas del Cura contra el infortunado Garrote lo habían exasperado.

Guevara, para dar un giro más cortés á la conversación, dijo:

—Pues, y que haya arrastrado Morelos á Don Hermenegildo, todavía se comprende, puesto que tenía ya á los otros hermanos, rancheros rústicos y candeleros; pero, ¿haber trastorñado en unas cuantas horas á

los Bravos! Eso sí que no me cabe en el juicio.

—Esa es la envidia, dijo el Cura; esos se meten por envidia.

—¿Envidia de qué ó de quién?, preguntó Guevara.

—Envidia de usted, señor Don Joaquín.

—¿Envidia de mí? respondió el Subdelegado con tono sincero. No, señor Cura, en esto usted se engaña. ¿Envidia de mi capital? Los Bravos son tan pudientes como yo, y además, son honrados á carta cabal; es preciso hacerles esa justicia. ¿Envidia de mi empleo? Si este cargo más trae congojas que satisfacciones. No, aquí hay otra causa, otro secreto; ese Cura los ha trastornado completamente. Sólo así se explica que dejen sus bienes tan saneados, sus fincas de campo, todo su bienestar, y se lancen en pos de aventuras. Que Vicente Guerrero, que los negros de la costa, que otros como ellos se metan en esta empresa descabellada, se comprende, no tienen qué perder; pero que sujetos acomodados como los Galeanas, los Avilas, los Bravos, se comprometan con riesgo de sus vidas y haciendas, eso sí que es extraño. Debe ser un hechicero el tal Cura.

—¿No lo he dicho en la cátedra del Espíritu Santo? replicó Mayol. Es el diablo en persona, el diablo vomitado por los profundos abismos. Por lo menos, el espíritu de Satanás lo inspira y lo anima. Si no fuera así, ¿cómo habría podido convertir en soldados á esos negros infelices de la Costa Grande, buenos sólo para sembrar algodón y tabaco? ¿Cómo habría podido seducir á esos rústicos Galeanas y convertirlos de la noche á la mañana en generales; cómo habría podido resistir á los valientes jefes (y en esto lanzó una mirada oblicua á Cosío), experimentados en el arte de la guerra, habilísimos tácticos, él, que no ha leído más táctica que la del Misal? Jure usted, señor Don Joaquín, que ese mal sacerdote trae al demonio en el cuerpo. La historia de la Iglesia, por otra parte, presenta numerosos ejemplos de hombres de semejante especie. Simón Mago, Arrio, Nestorio, Lutero, Calvino. todos los heresiarcas....

—Basta, volvió á exclamar Cosío con voz irritada y cogiéndose la cabeza entre las manos.

—¿Le duele á usted la cabeza, mi Coronel? preguntó Garrote.

—Algo, ya sabe usted.... la calentura. Pero este Cura, añadió en voz baja, me mareca con su charla.

En esto dieron las ocho y comenzó á sonar el toque de ánimas, que en la Parroquia de Tixtla era prolongado y lúgubre en extremo.

El Cura aprovechó la ocasión para salir del silencio embarazoso á que lo obligaba el enfado de Cosío, y arrojándose con la cara vuelta á la pared, dijo:

—Recemos por el alma de los fieles difuntos, y especialmente por los que murieron en Chichihualco en defensa de la religión y del Rey.... Y comenzó á murmurar: "Requiem aeternam dona eis Domine."

—"Et lux perpetua luceat eis," respondió Guevara, poniéndose también de rodillas.

Garrote, á su pesar, y conteniendo la ira, se levantó también para rezar. Cosío se reclinó en la mesa, con la cabeza entre las manos.

Después de los sufragios de costumbre, que el Cura multiplicó adrede, éste se levantó, lo mismo que Guevara, mientras que Garrote se dirigió á la puerta que daba al interior de la casa, por donde se oía ruido de gente.

A poco volvió diciendo:

—Es Don Juan Chiquito con el gigante.

—Que entren, murmuró Guevara.

Y entró primero un sujeto pequeño, regordete, cabezón, con grandes patillas rojas, vestido con chaquetón de paño obscuro, botas de montar, llevando ceñido un gran sable y en la mano un sombrero de vicuña adornado de toquillas y chapetones de plata.

Era el Comandante Don Juan Navarro, llamado generalmente á causa de su estatura de enano, "Don Juan Chiquito," y que después de haber servido para escoltar los convoyes de la nao de china de Acapulco á México, y las conductas de plata de México á Acapulco, se había hecho célebre co-

mo guerrillero contra los insurgentes de la Costa.

En pos de él entró, inclinándose para pasar por la puerta, un extraño personaje, un gigante de un poco menos de tres varas de altura, bien proporcionado, como de treinta y siete años de edad, de aspecto bonachón, trigüeño, lampiño y vestido de granadero, con casaca y pantalón verdes con vivos rocos y gran shacó adornado de un largo chilillo que casi llegaba al techo.

Era Martín Salmerón, llamado en el Sur vulgarmente Martín de Acalco, por haber nacido en el rancho de Acalco, cerca de Chilapa, y que era famoso por haber recorrido casi toda la Nueva España, desde que el Virrey Branciforte, á quien fué presentado en primero de Noviembre de 1796, le permitió que se mostrase, por paga, como un fenómeno extraordinario.

Era el mismo á quien conoció el Barón de Humboldt y cuyo retrato, hecho por el pintor Guerrero, tenemos en el Museo Nacional.

Cosío, que no lo había visto nunca, se quedó contemplándolo con admiración; Guevara y Garrote contestaron el saludo humilde que les dirigió, y el petulante Cura le alargó una mano flacucha, que el gigante se inclinó á besar, tomándola en una de sus manazas.

—Hasta hoy á la oración pudo llegar de Chilapa, dijo Don Juan Chiquito, y ha estado vistiéndose y tomando algún refrigerio. ¡Vea usted qué magnífico granadero, mi Coronel!, añadió el enano, con una risa estúpida, dirigiéndose á Cosío.

—Muy bien, y, ¿qué va usted á hacer con ese gigante? preguntó Cosío á Guevara.

—¿Cómo qué? respondió éste; ¿no le parece á usted que lo pongamos al frente de la línea de batalla, junto al fortín, ó en otra parte en que pueda ser visto é infundir pavor en los enemigos?

—Eso es, exclamó el Cura; Sansón contra los filisteos.

—Sería una lástima, dijo Cosío, que en vez de Sansón hiciera el papel de Goliat, y que una bala, en vez de una piedra, nos privara de esa maravilla.

—Señor Coronel, se atrevió á observar el Cura; usted parece olvidar que el Dios de Israel está con nosotros, y que por eso este gigante no puede ser más que Sansón, y que los insurgentes no pueden ser más que filisteos, enemigos del pueblo escogido, y que...

—¡Basta! gritó por tercera vez Cosío, pónganlo ustedes donde quieran....

—Vaya usted á descansar, Don Martín, dijo Guevara al gigante; y usted, Don Juan encárguese de alojarlo y de tenerlo listo.

El gigante y el enano salieron.

A la sazón que se verificaba esta entrevista en la casa del Subdelegado, un jinete bajaba apresuradamente por la cuesta que conduce de Chilpancingo á Tixtla y que termina en el bellissimo bosque de ahuehuetes que se llama de la Alberca, porque, en efecto, allí hay una Alberca antiquísima, cuyas aguas abundantes sirven para el riego de las huertas de un barrio entero.

El jinete, luego que bajó al camino llano que flanquean las cabañas y los jardines indígenas, puso su caballo al galope, llegó hasta cerca del Santuario que está escondido en otro bosque de ahuehuetes, y torciendo á la izquierda tomó por la calle Real, respondiendo á cada paso á los centinelas que lo detenían; entró en la plaza por un portillo del parapeto y se apeó en la casa del Subdelegado, diciendo á un oficial de órdenes que lo anunciara.

—Habla, le dijo Guevara, viéndolo aparecer en la puerta de la sala; ¿qué hay?

—Señor, que Morelos está aquí mañana.

—¡Mañana! exclamaron en coro Cosío, Guevara y Garrote. En cuanto al Cura Mayol, se desplomó en una silla.

—Sí, mañana, continuó el emisario; lo sé de cierto; la persona que usted sabe me lo aseguró, diciéndome que viniera yo en el acto á avisarlo á usted.

—¿A qué horas has salido de allá?

—Obscureciendo; pero tuve que extraviar camino, y como no se puede correr por las cuestas, he tardado....

—Pero, y bien, ¿qué notaste tú en las tropas? preguntó Cosío.

—En las tropas, nada; todas están acuar-